

## SOBRE EL ORIGEN DEL CONOCIMIENTO RACIONAL EN GRECIA

Raúl Aguilar G.

"¿Todavía Grecia? Bueno, sí. Todavía Grecia, que es decir todavía el pasado o todavía el hombre".

(Jorge Millas)

1. El conocimiento racional, entendido como un modo de pensar fundado en el procedimiento demostrativo, que pone al hombre en la particular situación de tener que probar y hacer evidente mediante razones lo que piensa acerca de las cosas, es, sin duda, uno de los más importantes legados que nos dejó el mundo helénico. Puesto que es allí, mediante el establecimiento de este nuevo estadio del pensar, donde se abre camino la inteligencia a través de la superstición, de los dogmas religiosos cuya máxima expresión fue el mito, y de la fuerte autoridad de la tradición sustentada en un conjunto de conocimientos de orden práctico y técnico.

Sabido es que en este despertar de la racionalidad, ciencia y filosofía nacieron como un sólo cuerpo de conocimientos, de unidad temática y formal. Sólo con Platón y Aristóteles viene a adquirir cada una ámbitos gnoseológicos más diferenciados, aunque no es sino después de veinte siglos, y por efectos de su propio desarrollo interno, cuando se produce ese formidable cisma en el pensamiento occidental, que da origen al establecimiento de la ciencia del siglo XVII. Ese despertar, la situación en que se produce y su articulación primaria, concentrarán aquí nuestro interés.

Aportar nuevas ideas sobre esta materia, no es la aspiración del presente trabajo, sino que su intento será más bien, poner de relieve ciertos aspectos no suficientemente atendidos en los textos habituales de la enseñanza de la filosofía, y que se refieren a las condiciones de posibilidad que permitieron el origen del conocimiento racional, y a los rasgos que conforman y determinan este nuevo modo de pensar.<sup>1</sup>

En principio, es conveniente señalar una dificultad inherente a toda revisión de las ideas del pasado, cuya

solución ha resistido a los empeños de los más calificados estudiosos. El hecho es que todo examen de lo antiguo lo hacemos, inevitablemente, a través de un prisma conceptual e ideológico que es el de nuestro tiempo, por lo que nuestra visión actuará selectivamente, contribuyendo así, a la conservación y ocultamiento de esa porción de historia que cada época y cada cultura dejan siempre consigo, y que es lo más auténtico. Al respecto, Julián Marías señala:

Cuando se toma un escrito antiguo, hay que empezar por "restaurarlo"... conocer la situación general del hombre que lo escribió; y no sólo sus ingredientes, sino su estructura; esto es, en su pleno rigor, imposible;<sup>2</sup>

Lo anterior es de especial importancia, ya que la observación permanente de esta dificultad, es una ayuda inestimable para evitar la tentación de hablar sobre estas materias en términos demasiado definitivos.

El primer asunto que merece ser considerado, y que pone en discusión la originalidad efectiva de los primeros pensadores griegos, se refiere a los conocimientos adquiridos por ellos de otras culturas antiguas, como la astronomía de Babilonia, la astrología de Persia, o la geometría y matemática de Egipto. Sobre este problema, la balanza de opiniones se inclina hacia los que consideran el aporte de estas culturas, como un conjunto de conocimientos de carácter empírico, sobre el cual los griegos, con su impronta, construyeron la estructura básica del pensamiento teórico y su función interpretativa.

Si bien los egipcios y babilonios habían desarrollado conocimientos en geometría, no formaban éstos "un cuerpo de conocimientos articulados", sino que más bien, "era una colección de reglas prácticas de medida y agrimensura en particular".<sup>3</sup> Con el establecimiento de estas reglas, se dedicaban a la observación y medición, lo que les permitió registrar una serie de procesos regulares del movimiento de los cuerpos celestes, a saber, reconocieron y dieron nombre a las agrupaciones de estrellas y la división que hicieron del hemisferio norte en constelaciones, es similar a la actual; trazaron el Zodíaco y lo dividieron en doce constelaciones, de lo cual derivó nuestra división actual del año en doce meses; registraron los trópicos de Cáncer y de Capricornio.

Sin embargo, al parecer se conformaban con eso, y no desarrollaron una astronomía teórica que pudiera dar una explicación del por qué de esos fenómenos.

Pensadores como Tales y Pitágoras, se nutrieron de la sabiduría oriental, ya que los griegos no tenían ciencia, pero con otra perspectiva gnoseológica, creyeron en la existencia de un principio general, desde el cual se pudieran explicar y poner en conexión todos aquellos fenómenos, los que tendrían una diversidad sólo aparente. Por eso, reconociendo el valioso aporte que recibieron los griegos de aquellas culturas, J. Millas se pregunta "¿Qué valor tenían exactamente esos tesoros?" y responde:

No otro mayor que el del mármol para el escultor que ha de esculpir la estatua, si dispone de la materia, mucho más rara, del talento.<sup>4</sup>

2. La situación en la cual tiene su origen el conocimiento racional, allá en la antigua Grecia del siglo VI A. C., nos muestra un modo de pensar en que predomina la interpretación basada en los mitos, y sobre tales cimientos se construyó todo un conjunto de explicaciones que le permitía al hombre de ese tiempo, orientarse en el mundo, asumir con tranquilidad el desarrollo de su vida personal y social, y enfrentar incluso la amenaza de los fenómenos extrahumanos, apelando a los dioses, a quienes se atribuía la causa de estos fenómenos.

Sin embargo, y por razones aún no definitivamente aclaradas, algunos hombres de la costa occidental del Asia Menor, (Mileto, Efeso, Samos, que eran dominios marginales de la Grecia central) experimentan una pérdida de fe en los dioses de la tradición, y en toda explicación causal que radicara en el orden de lo divino.<sup>5</sup> Comienza así, a producirse el resquebrajamiento del sistema mítico y su consecuente insuficiencia explicativa. Este hecho tendrá especial trascendencia, porque viene a ser la primera condición de posibilidad para que surja la filosofía. En efecto, esa situación de duda no es en modo alguno cómoda, puesto que la realidad se les queda sin sus fundamentos y en tales condiciones el hombre no puede orientarse, no sabe qué trato puede tener con las cosas más allá del presente, en definitiva, el ejercicio de la vida se hace impracticable. Sobreviene entonces, la necesidad de construir una imagen vicaria de esa realidad,

cuyos fundamentos han quedado en el anonimato. Entonces, dice Ortega:

El pensamiento hace posible la vida humana porque él permite al hombre imaginar, proyectar el porvenir y afrontarlo. Si de pronto toda interpretación del mundo sufriese un síncope integral y se quedase el hombre sin saber qué iba a pasar mañana... sucumbiría fulminado de terror. El pensamiento hace, pues, posible el mañana.<sup>6</sup>

Si esto es verdad -y sin duda lo es- entonces en estos hombres el síncope no fue integral, aunque sí lo suficientemente inquietante, para que ellos sintiesen como de la mayor urgencia, la necesidad de restablecer lo que habían perdido: esa relación significativa con la realidad y sus fundamentos. A tal misión intelectual dedicaron sus mejores esfuerzos.

3. Puesto en duda el sistema explicativo tradicional, sólo queda como camino más inmediato, enfrentarse a la realidad misma para descubrir qué es verdaderamente. Así, por primera vez el hombre pone su inteligencia en esta peculiar disposición de **conocer**, y lo que quiere conocer, es aquello en que consiste la realidad. Ahora bien, para descubrir esa consistencia, la observación de las cosas en su presencia sensible, con su multiplicidad y movilidad, no parece ser el camino adecuado, porque siendo algo ahora, y después algo diferente, lo que muestran a los sentidos es más bien **inconsistencia**. De lo que se trata entonces, es de encontrar una vía que permita aprehender aquello que subyace a las variaciones aparentes, aquello que constituye básicamente la realidad. A Tales de Mileto debemos el primer ensayo de respuesta a la pregunta por el principio desde el cual se puedan explicar unitariamente las cosas; ese principio (Arkhé) dijo, es el agua.<sup>7</sup>

No obstante, para que Tales pudiera hacerse esta pregunta y responderla, dice Ortega, requirió de ciertas condiciones previas, de dos supuestos, que sólo cuando ambos se dan, el pensamiento queda en condiciones de dedicarse a **conocer**. Estos supuestos son:

La creencia en que tras la confusión aparente... que nos es, por lo pronto, la realidad, se esconde una figura estable,

fija, de que todas sus variaciones dependen, de suerte que al descubrir aquélla sabemos a que atenernos frente a lo que nos rodea. Esa figura estable y fija de lo real es lo que desde Grecia llamamos el ser. Conocer es averiguación del ser de las cosas... La otra implicación... es la creencia en que ese ser de las cosas posee una consistencia afín con la dote humana que llamamos "inteligencia"<sup>8</sup>.

Naturalmente, continúa el autor, se busca algo sólo en cuanto se cree que ese algo existe, y será más digna su búsqueda, si su aprehensión pone en evidencia el ser de la realidad, desde el cual adquiere sentido la confusión de toda la realidad sensible. Pero además, debe existir cierta garantía de poder alcanzarlo, su consistencia debe ser de alguna manera compatible con la razón humana, para que así se justifique emprender su búsqueda con la confianza de poder, mediante el funcionamiento de la inteligencia, "penetrar en lo real hasta el descubrimiento de su ser latente". (Idem).

4. En la situación anterior, cuando esa instancia latente se fundaba en el mito, esta aspiración carece de sentido, porque si bien el mito es una explicación causal -en cuanto da cuenta del acontecer de la realidad- esas causas no se producen según un orden estable, sino que dependen del arbitrio de los dioses, y aun cuando la causación pudiera ser efectiva, es, de todas maneras, arbitraria. El conocimiento aquí, como indagación, no tiene sentido.

El ser latente que ahora busca el conocimiento, en cuanto es el ser de la realidad, es un ser cuya causación debe ser estable, con carácter de necesidad, para que sea efectivamente una garantía de que la realidad es ahora, como ha sido antes y como será en el futuro. Estas condiciones son, entre otras, las que reúne la palabra griega naturaleza (physis)<sup>9</sup> realidad latente en las cosas a la que se puede llegar mediante el conocimiento.

Debe construirse entonces un camino de acceso para llegar a esa realidad latente, un conocimiento que garantice su aptitud mediante un procedimiento seguro. Este conocimiento, dice Ortega, único que merece tal nombre, actuará:

Haciendo funcionar formalmente los mecanismos mentales bajo la dirección última de los conceptos y su combinación en razonamientos. (Apuntes, p. 23).

Queda así delimitado en sus notas esenciales el conocimiento racional, mediante el cual el hombre podrá transitar por sus propios medios, hacia esa intimidad ontológica de lo que "verdaderamente es", esa realidad latente de la que sólo se podía "esperar" algún designio a través del oráculo o de los sacrificios, mas no interrogar ni conocer. Ahora, al contar con un camino (método), podrá llegar a ella y ponerla al descubierto. J. Marías al respecto dice:

Lo que se revelaba oscuramente en un signo no es ahora desvelado (sic) o puesto de manifiesto por el hombre. A esto es lo que los griegos llamaron alétheia: patencia, verdad.<sup>10</sup>

Pero esa verdad, se hace patente sólo a un tipo de actitud intelectual que es la teorética, la que implica contemplar, develar la verdad (alétheia). Sobre este punto Heidegger dice:

El modo de vida (βίος) que recibe su determinación de θεωρεῖν y a él se dedica, lo denominan los griegos βίος θεωρητικός, el modo de vida del espectador... En distinción frente a éste, el βίος πρακτικός es el modo de vida que se dedica al tratar y producir.<sup>11</sup>

Agrega Heidegger, que para los griegos, la vida especulativa en su máxima expresión, es al mismo tiempo el supremo hacer, y la vida teorética, la forma perfecta de la existencia humana. Por este motivo, la sabiduría oriental sólo pudo ser para ellos un punto de partida, desde el cual desarrollaron la actitud teorética como forma de explicación, la que por condición propia, será la indicada para encontrar los principios que les permitan relacionarse significativamente con la realidad.

## NOTAS Y REFERENCIAS

1. Con relación a esta situación originaria del pensamiento racional, habitualmente se pone el acento en la exposición de las ideas de los primeros pensadores griegos, y no tanto en el cambio de actitud intelectual que en ellos se produjo y que hizo posible el surgimiento de dichas ideas.
2. Julián Marías, *Biografía de la filosofía*, Madrid, Edit. Alianza, 1979, p. 12. Se citará por esta edición.
3. L. W. H. Hull, *Historia y filosofía de la ciencia*, Barcelona, Edit. Ariel, 1978, p. 22.
4. Jorge Millas, *Idea de la filosofía*, Santiago, Edit. Universitaria, 1970, p. p. 26-7.
5. Entre las diferentes causas que se reconocen, una de las más decisivas parece ser el choque de creencias que se produjo en estos pensadores, a raíz de su contacto con otras culturas. Es conveniente también recordar, que esta pérdida de fe afecta sólo a algunos hombres, mientras la situación general sigue básicamente igual. Al respecto, véase J. Marías *op cit.* cap. 1., J. Millas, *op. cit.*, cap. I.
6. J. Ortega y Gasset, *Sobre la razón histórica*, Madrid, Revista de Occidente, Edit. Alianza, 1980, p. 26.
7. Tales de Mileto era considerado entre los griegos uno de los siete sabios, un tipo de intelectual diferente al filósofo. La diferencia consiste en que el sabio es una especie de portavoz de la sabiduría divina ante los humanos, y como tal, se apoya en principios religiosos; en cambio el filósofo se apoya en principios teóricos, los que debe demostrar racionalmente. Sobre esta distinción, véase J. Ortega y G., "Origen histórico de la ocupación filosófica", en *Origen y epílogo de la filosofía*; Humberto Giannini, "El sabio y el filósofo", en *Breve historia de la filosofía*.
8. Ortega y G., *Apuntes sobre el pensamiento*, Madrid, Revista de Occidente, Colección El Arquero, 1959, p. 24. Con relación a esta cita es pertinente señalar dos cosas:
  - a) Cuando Ortega afirma: "Conocer es averiguación del ser de las cosas", considera al conocimiento como una particular función intelectual, dentro de un concepto genérico que es el 'pensamiento', el que incluye además otros modos particulares de pensar,

como el pensamiento mítico por ejemplo, el que no es propiamente conocimiento en cuanto no le interesa 'conocer' el ser de las cosas.

- b) El conocimiento así entendido, tiene su origen histórico en virtud de los supuestos aquí indicados. Esto se opone a lo afirmado por Aristóteles en el Libro I de la *Metafísica*, en el sentido de que todos los hombres tienden por naturaleza al conocimiento.
9. Véase, E. Nicol, *Los principios de la ciencia*, México, F. C. E., 1965, p. 97 y ss. Donde sostiene que la idea de **regularidad** está contenida ya en los significados primitivos -moral y jurídico- de la palabra **causa**, y lo que hace el pensamiento racional al adoptarla, es añadirle la idea de **necesidad**. También J. Marías, *op. cit.*, p. 28 y ss. donde analiza el tema "Naturaleza y consistencia".
10. J. Marías, *op. cit.* p. 21. Al respecto, véase también Ortega y G., "El nombre auténtico" en *Origen y epílogo de la filosofía*, Madrid, *Revista de Occidente*, Colección El Arquero, 1967.
11. M. Heidegger, "Ciencia y meditación" en *Ciencia y técnica*, Santiago, Edit. Universitaria, 1984, p. 119.